

CAPÍTULO VIII

LA CONSUMACIÓN DEL PLAN DE AYUTLA

La salida apresurada de Santa Anna de la ciudad de México, el 9 de agosto de 1855, no indica, de manera alguna, el triunfo completo de la Revolución de Ayutla, pues el ejército que se le opuso aún era poderoso y no había dado indicaciones de unirse al movimiento. Adicionalmente un número de los más influyentes *caudillos* del país no estaban en completa armonía con los propósitos de Ayutla, ni dispuestos a hacer a un lado sus propios planes por seguir a “una banda de *pintos* salvajes de la selva de Guerrero”.

Para complicar aún más las cosas, miles estaban en las cárceles a las órdenes del dictador, miles más, escondidos en el propio país, y en muchos países extranjeros se encontraban exiliados mexicanos. Era el momento en que políticos voraces maniobraban para mantenerse a cualquier costa en las oficinas públicas, ganar poder adicional o bien la aprobación del pueblo en general.

El 13 de agosto, el comandante en jefe del distrito de México, general Rómulo Díaz de la Vega, seguidor del dictador hasta ese día, al ver todo perdido, se pronunció en favor del Plan de Ayutla y firmó el *acta* correspondiente con otros veinticinco generales. Declaró, con hipocresía, que él era, en los términos del artículo 2o. del Plan de Ayutla, quien debería convocar a los representantes para nombrar al presidente interino. Así lo hizo y resultó electo el general Martín Carrera. Los representantes que lo eligieron tuvieron como líder al gran amigo de Juan Álvarez, don Mariano Riva Palacio.¹

1 Rivera, *op. cit.*, pp. 553-566; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 223. El resultado de la votación en la capital le dio a Carrera 26 votos, a Díaz de la Vega 16, a Riva Palacio 4 y a Comonfort 2. De todos ellos el que más hizo recibió el menor número de votos. Juan Álvarez, el alma de la Revolución ni siquiera fue mencionado. Bancroft, *op. cit.*, p. 660.

Antonio Haro y Tamariz expidió un pronunciamiento desde San Luis Potosí el 13 de agosto y también lo hizo el gobernador de Guanajuato, Manuel Doblado el mismo día, promulgando el Plan de San Pedro Piedra Gorda, ambos planes se adjudicaban ser el programa que mejor satisfaría las necesidades y deseos de la nación. El plan de Haro ofrecía protección al ejército y al clero, y resultaba ser una grave amenaza al Plan de Ayutla y a sus seguidores, quienes de alguna manera eran considerados como una banda de bárbaros incivilizados cuyo propósito era destruir la propiedad y los fueros. Las ideas de Doblado eran análogas a las de Haro, pero al ser más bien de carácter local que nacional no constituían una amenaza seria para los propósitos de Álvarez y seguidores.²

En la capital, el servil fardo de funcionarios menores y detentadores de empleos que besaban la mano del dictador estaban ahora dispuestos a lamer los pies de los nuevos líderes en quienes veían la oportunidad de conservar sus empleos. Sus gritos en defensa de la libertad y de “Guerra al tirano” eran los más sonoros. Qué poco les importaba a ellos si a los líderes de la revolución se les negaban los frutos de su labor.

Cuando Comonfort se enteró de los sucesos acontecidos en la capital, tomó una resolución firme en contra de tal afrenta, y determinó que la revolución debería continuar hasta que alcanzara su objetivo principal. El 28 de agosto, envió una circular en que señalaba que Álvarez era el general en jefe a quien se refería el Plan de Ayutla, sólo que Carrera se negaba a renunciar. En consecuencia, Comonfort, Haro y Tamariz y los radicales de la capital indicaron en términos muy claros que era un usurpador. Mientras tanto, Álvarez marchaba hacia la capital y Comonfort hacía planes para lo mismo. Carrera, clara muestra del hombre sin escrúpulos, intuyó que pronto sería arrojado del poder por la fuerza y presentó su renuncia el 11 de septiembre. Rómulo Díaz de la Vega seleccionó, en los términos del Plan de Ayutla un consejo de

2 Bancroft, *op. cit.*, pp. 662-664; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 224.

gobierno integrado por siete miembros y se retiró a esperar la llegada de Álvarez.³

Comonfort se reunió con Doblado y Haro en Lagos el 16 de septiembre y allí, reforzado por la reciente renuncia de Carrera, aseguró el respaldo de ambos jefes al general Juan Álvarez y al Plan de Ayutla. También, Comonfort aseguró que el ejército no sería molestado, consiguiendo con ello el ataque que más adelante le harían los “puros” que no querían tratos con el pasado.⁴

Juan Álvarez mientras tanto, y tal vez presintiendo que su amigo Riva Palacio estaba a punto de sucumbir ante los ardides de los astutos opositores del Plan de Ayutla, y dado que éste había actuado como cabeza del grupo que seleccionó a Carrera como presidente interino, le escribió desde Texca el 24 de agosto diciéndole que pronto estaría en la capital, pues estaba dispuesto a dar los últimos toques a la tarea que había iniciado en favor de la nación. Llamando la atención de Riva Palacio sobre las condiciones existentes en la capital, declaró:

Parece que ya se trata de hacer con el Plan de Ayutla una casa igual que con el de Jalisco; no sucederá tal cosa aun cuando así lo pretendan unos cuantos aspirantes sin fe, sin honor ni patriotismo; resuelto estoy a sostener el Plan de Ayutla hasta tanto la nación libre y espontáneamente admita su voluntad. Usted que es una persona influyente y que se halla animado de las mejores ideas, procure combatir esas perversas aspiraciones, porque duro, muy duro es ver en los primeros puestos a los cortesanos del déspota.

Como estocada final, Álvarez mencionó la próxima reunión y dejó a su amigo considerar las últimas acciones y su futura relación.⁵

3 Rivera, *op. cit.*, pp. 566-574; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 224. Carrera había enviado comisionados a Álvarez, y a todos los líderes de la Revolución a que conferenciaran con él en Dolores Hidalgo, el 16 de septiembre, invitación que fue ignorada. Incluso convocó a un congreso para que redactara una constitución republicana. Rivera, *op. cit.*, p. 572.

4 Noll, *op. cit.*, p. 181; Rivera, *op. cit.*, p. 576; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 224.

5 Álvarez a Mariano Riva Palacio, Texca, 24 de agosto de 1855, en Archivo Mariano Riva Palacio, fólder 18.

Riva Palacio estaba involucrado en el apoyo a la presidencia interina de Martín Carrera. Como presidente de la junta que lo llevó a la silla presidencial, sin duda, utilizó su influencia para asegurar su elección. Uno se siente inclinado a preguntarse sobre estas acciones. ¿Su liberalismo estaba declinando? ¿No entendía cabalmente el Plan de Ayutla? ¿Trataba sólo de salvar a su amigo Álvarez de asumir una posición que le traería penas y desilusión?

Dentro de las actividades desplegadas por Riva Palacio en apoyo de Carrera, había conferenciado con el general Plutarco González, quien le aseguró que apoyaría a Carrera si Álvarez no tuviera inconveniente con ello, pues señaló: “hice valer inútilmente contra una resolución que ya estaba de antemano tomada y que verdaderamente el Sr. Álvarez no puede contrariar por sí”. También Haro y Tamariz había sido consultado pero lamentó no poder apoyar a Carrera. En cambio le pidió a Riva Palacio que utilizara su influencia para que en la capital apoyara al ejército del centro y de los estados del norte.

Riva Palacio había ido tan lejos que incluso le envió a Juan Álvarez su representante personal, Muñoz Campuzano, quien llevaba la encomienda de convencerlo de que reconociera a Carrera. Su agente escribió que todos sus argumentos y tacto habían fallado pues Álvarez había tomado una decisión que no podía modificar sin contar para ello con la opinión de otras personas.

Muñoz Campuzano expresó que hubiera deseado hablar en directo con Carrera, pero a menos que Comonfort cambiara el rumbo de los acontecimientos, resultaría mejor para Carrera renunciar en busca de un mejor arreglo. Después dio la información de que las instrucciones que Riva Palacio le había dado consistía en buscar cualquier plan que calmara las cosas a excepción hecha del formulado por Álvarez. Campuzano señaló que había pensado esperar a Álvarez en Chilpancingo para ver qué tenía que ofrecerle luego de consultar con sus generales, pero agregó: “Después de haber hablado varias veces con el general y

con sus amigos por separado he adquirido plena convicción de que por acá no cambian las cosas”.⁶

En contestación a la carta de Riva Palacio del 19 de agosto en que solicitaba su apoyo al gobierno de Carrera, Ignacio Comonfort puso las cartas abiertas ante su amigo. No pensaba que los frutos de la revolución beneficiaran a aquellos que no habían luchado por derrocar la dictadura, a pesar de que tomaba en cuenta el deseo de Riva Palacio de acabar con la cruenta y sangrienta lucha, por lo que preguntaba: “¿Cree usted que afianzaríamos ésta con la comedia representada en esa capital?” Declaraba también que no tenía ambiciones personales, afirmó que Álvarez y solo Álvarez fue el que reunía las previsiones hechas en el artículo 2o. del Plan de Ayutla y que la salvación de todos radicaba en el estricto apego al Plan. Poniendo punto final a cualquier esperanza que Riva Palacio tuviera respecto a su apoyo, dijo: “Mi resolución es como soldado obedecer estrictamente las órdenes de este señor general y como hombre público acatar la voluntad nacional...”⁷

Comonfort envió desde Guadalajara sus disculpas por no poder asistir a la junta de Dolores Hidalgo a la que convocó Carrera. Haberlo hecho, dijo Comonfort, hubiera sido reconocer el derecho de Carrera a convocar dicha reunión. Álvarez también fue invitado a Dolores y afirmó que era innecesario acudir pues el asunto a discutir era establecer paz y orden, propósitos que se lograrían si todos se adhirieran al Plan de Ayutla. El viejo liberal tenía tan buenas maneras que no obstante expresó su fe en las buenas intenciones de Martín Carrera y Rómulo de la Vega.

El comandante general y gobernador de Tabasco, general Benito Haro, le escribió a Riva Palacio que había escuchado que algunos trataban de oponerse al Plan de Ayutla y que él se opondría a un mo-

6 Muñoz Campuzano a Mariano Riva Palacio, Texca, 29 de agosto de 1855, en *Ibid.*, fólder 18.

7 Comonfort a Mariano Riva Palacio, escrita en Guadalajara, el 30 de agosto de 1855, en *Ibid.*, fólder 18.

vimiento de tal naturaleza en su territorio, en el que si uno estaba de acuerdo todos lo estarían: “se habrá usted impuesto de haberse adherido este departamento al pronunciamiento que secunda el proclamado en Ayutla por nuestro amado y distinguido general padre del pueblo y centinela de las libertades públicas, don Juan Álvarez”. Los planes de Riva Palacio estaban de capa caída.⁸

Álvarez nombró en Iguala, el 24 de septiembre, a los individuos que constituirían la junta para elegir presidente interino y los citó para que comparecieran en Cuernavaca el 4 de octubre. Entonces asumió una actitud dura hacia aquellos que se habían opuesto al Plan de Ayutla, bien fuera en franco desafío o en hipócrita adhesión. Morales Puento, Miguel Buenrostro y otros enviados de la capital para consultarlo, regresaron llevando órdenes sobre la organización inmediata de la guardia nacional y el arresto de ocho prominentes enemigos del Plan de Ayutla. Díaz de la Vega montó en cólera cuando los enviados se presentaron con Miñón, un oficial subalterno, con las órdenes y con sus renunciaciones fechadas el 28 de septiembre y conforme a la sugerencia del Consejo de los Siete.

Se esparcieron rumores en la capital de que Comonfort había sido hecho a un lado para la presidencia y que Diego Álvarez había sido colocado para tal puesto por amigos que le habían garantizado el apoyo necesario para su elección. Díaz de la Vega había jurado que no reconocería a ningún Álvarez, viejo o joven, que pudiera resultar electo pues la opinión pública favorecía a Comonfort. El nombre de Riva Palacio había sido mencionado a través de carteles en las esquinas de las calles.⁹

8 Comonfort a Mariano Riva Palacio, Guadalajara, 5 de septiembre de 1855, en *Ibid.*, fólder 18. Álvarez a Mariano Riva Palacio, Chilpancingo, 9 de septiembre de 1855, en *Ibid.*, fólder 18; Benito Haro a Riva Palacio, 9 de septiembre de 1855, en *Ibid.*, fólder 18.

9 Rivera, *op. cit.*, p. 579; Pedro Escudero a Mariano Riva Palacio, México, 29 de septiembre de 1855, en Archivo Riva Palacio, fólder 18, en *Ibid.*; Vicente Riva Palacio a Mariano Riva Palacio, México, 4 de octubre de 1855, en *Ibid.*, fólder 18.

A pesar de que el derecho de Álvarez para nombrar a los representantes que deberían de elegir al presidente interino fue cuestionado por sus enemigos en un intento por mantener al gobierno sin cabeza tanto tiempo como fuera posible y a la nación en estado de caos, el viejo liberal no les prestó atención y llevó a cabo la elección en los términos previstos. Otros enemigos habían tratado de fortalecer la posición de Haro e incluso otros habían señalado que Álvarez y su partido estaban a favor de la creación de un protectorado bajo los Estados Unidos, una afirmación refutada por el ministro estadounidense Gadsen, quien afirmó no obstante que los conservadores sí habían buscado tal protectorado.¹⁰

El 4 de octubre los representantes se reunieron en el teatro de Cuernavaca y allí, rodeados por el sexto y el onceavo batallones que se encontraban afuera y por el fiel batallón de *sureños* que se encontraba adentro, se llevó a cabo la votación. El resultado de la misma fue: Álvarez 13 votos; Comonfort 3; Ocampo 3; Vidaurri 1.¹¹

Cuando Álvarez fue informado del resultado de la votación estaba en casa de su amigo Pérez Palacios y conforme a Pérez Hernández formuló la siguiente declaración:

Cuánto siento este suceso, porque se juzgará, que como otros, me revelé contra Santa Anna porque me hicieran presidente; pero poco estaré en el poder, hay un ambicioso a quien hacerle pagar y es preciso darle gusto.¹²

10 El autor se refiere al embajador de los Estados Unidos en México, James Gadsen (N. del t.).

11 Rivera, *op. cit.*, pp. 578-583. Pedro Escudero, en carta escrita a Riva Palacio el 6 de octubre, señaló que Álvarez recibió 17 votos. De otra parte, José M. Vigil en "La Reforma", en *México a través de los siglos*, enlista los 26 representantes nombrados por Álvarez e indica cómo votaron cada uno. Esta referencia le da a Álvarez 19 votos y 7 a los demás candidatos. Véase Vigil, *op. cit.*, p. 76. Es posible que algunos de los electores no hayan estado presentes en la elección de Cuernavaca y que hubieran votado después.

12 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 352. Pérez y Hernández estuvo muy vinculado a Álvarez en el sur por un periodo de nueve años. Conocía mejor que nadie al viejo liberal en aquellos tiempos pues fungió como su secretario y vivió en La Providencia.

El Plan de Ayutla había triunfado. Los oprimidos y tiranizados por el dominio tan prolongado de los grupos privilegiados estaban en disposición de arrojar el yunque que habían cargado por tantos años y cuando la opresión final fue derrotada en el sur, la secundaron espontáneamente por todo el país. En muchos lugares no sabían mucho del Plan y lo siguieron porque fueron informados que se trataba de un planteamiento liberal.

Olavarría dice que el principal actor en la guerra contra Santa Anna en Ciudad Victoria afirmó que:

Sabíamos que se trataba de un plan liberal y de combatir aquella oprobiosa dictadura, y esto nos bastaba para procurar su triunfo, aun a costa de nuestra vida; todos queríamos ser libres y nada nos importaba saber cómo estaban combinados los colores de la bandera; bastábanos que en ellas estuviera escrito *libertad* y *patria* y que la sostuviera en sus manos, encallecidas en defensa de aquellas, el gran Juan Álvarez, el último insurgente.¹³

Fue Melchor Ocampo quien informó a Álvarez de su elección como presidente. Ocampo había encabezado una junta revolucionaria en el exilio en Nueva Orleans y le dio a Álvarez el soporte para que su gobierno diera golpes a las instituciones viejas y conservadoras del país. Fue Ocampo a quien Álvarez se dirigió en voz baja cuando abandonaron la iglesia después del *Te Deum* y lo invitó a formar parte de su gabinete. Esto lo hizo explicándole, primero, que su estancia, no obstante, debería ser de carácter interina. Ocampo consultó con Álvarez y presentó sus candidatos para las posiciones del gabinete: Relaciones, Melchor Ocampo; Gobernación, Ponciano Arriaga; Justicia, Benito Juárez; Hacienda, Guillermo Prieto; Guerra, Comonfort. Se trataba de *puros*, esto es de liberales inclinados y propensos a cambios radicales, con la excepción de Comonfort que era moderado. Ocampo se refirió a él como ignorante y escurridizo; sólo que Comonfort ocupaba un alto

13 Olavarría, *op. cit.*, p. 857.

nivel en la opinión del público, era un astuto negociador y había sido incluido para evitar problemas.¹⁴

Mientras su elección producía en Cuernavaca salvas de artillería, música en las calles, un *Te Deum* en la catedral, corridas de toros, serenatas y otras demostraciones de júbilo, las noticias en la capital fueron recibidas por los soldados con gran disgusto. Removieron los badajos de las grandes campanas de la catedral para que no sonaran, y muchas patrullas recorrían la ciudad impidiendo las demostraciones de alegría e incluso llevando gente a las cárceles por el simple hecho de traer cohetes en su poder.

El cuerpo diplomático llegó a Cuernavaca desde la ciudad de México para felicitar a Álvarez. El 10 de octubre su gobierno fue reconocido por Guatemala y por el delegado apostólico. Dos días más tarde lo hicieron Gran Bretaña, los Estados Unidos y España. Gadsen, el ministro norteamericano, fue en especial prolífico en su discurso de felicitación, al señalar que los Estados Unidos reconocían en Álvarez el renacimiento del verdadero gobierno nacional en México, lo que había desaparecido durante el régimen de Santa Anna. Dijo que los Estados Unidos reconocían que Álvarez no había solicitado la presidencia ni la había deseado, pero que, sin duda alguna, la merecía.¹⁵

14 José C. Valadés, *Don Melchor Ocampo, reformador de México*, México, 1954, pp. 295 y 296; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 225; Melchor Ocampo, "Mis quince días de ministro", en *Obras completas de Melchor Ocampo*, t. II, pp. 73-112.

El comité conductor de la junta nombrado por Álvarez estaba compuesto por Gómez Farías, como presidente; Melchor Ocampo, vicepresidente; mientras que Benito Juárez, Francisco Zendejas, Joaquín Moreno y Diego Álvarez fungieron como secretarios. Todos eran masones, como todos los representantes, de acuerdo a Luis J. Zalce y Rodríguez, *Apuntes para la historia de la masonería en México*, 1950, pp. 179 y 180.

15 Vigil, *op. cit.*, pp. 76-78. James Gadsen, al escribir al secretario de estado William L. Marcy el 19 de octubre de 1855, dijo que felicitó a Álvarez en Cuernavaca en el triunfo de la causa a favor de la tolerancia civil y religiosa. *Diplomatic Correspondence of the United States; Inter American Affairs, 1851-1860*, volumen 9, semestre 1848-1860. Documentos 3772-4475. Seleccionado por William Manning, 1937, número 4233.

Al referirse a Juan Álvarez en este momento su crítico Ignacio Álvarez tiene esto que decir:

...pero para desempeñar la primera magistratura de la nación, y más con las exigencias de una revolución que tendía a destruir todo orden, no era bastante un nombre, ni se consideraba a propósito una persona en quien el hielo de la edad ha enfriado el fuego de las pasiones.

El gabinete formado de heterogéneos elementos del partido liberal, le causó un problema a Juan Álvarez. Le resultaba difícil a su edad y con la poca experiencia obtenida en cuestiones técnico-políticas que no iba más allá de la que ganó cuando el exasperante conflicto con la legislatura en Guerrero, tener que vérselas con los poderosos y complicados argumentos de Juárez y Comonfort, de Ocampo y el resto. Comonfort, por ejemplo, quería preservar el ejército como lo había prometido en Lagos; Juárez y Ocampo no querían un ejército regular, pues luchaban por un gobierno del pueblo y para el pueblo. Era por tanto, difícil hacer algo por el movimiento liberal, y de esta manera, el 21 de octubre, Ocampo, Juárez y Prieto renunciaron. Álvarez le pidió a Comonfort que organizara un nuevo gabinete; Juárez y Prieto reconsideraron, cambiaron de parecer y permanecieron en el gobierno.

El pueblo estaba preocupado por los desacuerdos en el corazón del gobierno liberal y los conservadores aprovecharon cualquier oportunidad para resaltar la debilidad de sus enemigos. Para complicar las cosas todavía más, Álvarez casi resulta muerto cuando las mulas que jalaban su carruaje salieron huyendo. El viejo liberal que había suspirado por la paz y la tranquilidad de su querida tierra, había ofrecido todo lo que poseía al servicio de su país, incluyendo su vida si fuese necesario, y no creía que hubiese llegado el momento en que debiera de retirarse y ceder el mando.¹⁶

16 Álvarez, *op. cit.*, p. 119; Zerecero, *op. cit.*, p. 543; Rivera, *op. cit.*, pp. 583-587. Zerecero es quien le ocasionó a Álvarez problemas con los puros, al publicar una carta en la que Álvarez había declarado que él nunca había sido "puro". Véase Zalce y Rodríguez, *op. cit.* El mismo Zerecero fue descrito en una ocasión por

La prensa inició una demanda incesante para que Álvarez mudara su residencia a la ciudad de México, sólo que por ostensibles razones de salud y en lo interno por el deseo de mantenerse lejos del centro de la intriga mientras fuera posible, envió a Comonfort en su lugar, provisto de amplios poderes extraordinarios. Como ministro de guerra y general en jefe de todas las fuerzas armadas se presentó. Fue recibido calurosamente por el arzobispo de México, quien después le pagó la visita. Para todos aquellos que lo quisieran utilizar en su propio beneficio declaró que ni una sola línea se desviaría del Plan de Ayutla. Prometió no obstante respetar al clero y sus propiedades, aplicando justicia imparcial a los criminales independientemente de su posición.

Sólo que Comonfort, en la ciudad de México, hablando del gobierno y con el gobierno en Cuernavaca hablando de sí mismo, sobrevino una interminable serie de malos entendidos y desacuerdos. Álvarez decidió partir a Tlalpan. En ese lugar radicó del 4 al 14 de noviembre. En esta fecha llevó su gobierno hacia la capital ante el horror de las clases elevadas quienes lo consideraban como carente de las cualidades para ocupar el primer puesto de la nación igual que como lo habían hecho con Vicente Guerrero muchos años antes. A pesar de la oposición Álvarez llegó a la ciudad el día 14 de noviembre al *Tē Deum* y presenció dos días de fiestas en su honor.¹⁷

El cambio a la ciudad no curó las enfermedades tan evidentes de su gobierno. Las tropas de *pintos* del sur causaron una pésima impresión desde su llegada, pues faltos de disciplina, cometieron actos vandálicos

Juan N. Almonte en términos no muy amistosos: "Ese negro es pura espuma de chocolate; no tiene prestigio ni con el barbero de su calle; de esos enemigos mil". Pero en este caso dañó la posición de Álvarez y le causó mucha preocupación. Véase Antonio Carrión, *Historia de la ciudad de Puebla de los Ángeles*, Puebla, 1897, volumen 2, p. 358.

17 Vigil, *op. cit.*, p. 79; Rivera, *op. cit.*, pp. 591-592. Álvarez no permitió que el populacho llevara su carruaje como lo había hecho con Santa Anna. Sabía muy bien de la condición humana en que los *vivas* de hoy pueden ser los *mueras* de mañana. Rivera, *op. cit.*, p. 591.

y se apostaron en el mismo centro de la ciudad que ocuparon al grado que los ciudadanos no podían literalmente utilizar la vía pública. Los residentes se quejaban de la falta de protección policiaca y estaban muy disgustados con Álvarez y su corte.¹⁸

Al llegar Álvarez a la capital se convirtió en el blanco de todo tipo de anécdotas estúpidas y ridículas, inventadas por la clase baja que siempre caracteriza a la capital de cualquier país. Para sus enemigos era muy natural mostrar de aquella forma su antipatía, pero lo que hirió a los viejos liberales fue el hecho de algunas personas que lo rodeaban y a él sólo debían su existencia política, toleraran dichas mofas en su presencia, conociendo su valor moral y la absoluta falsedad de tales afirmaciones. Sus amigos íntimos, aquellos que conocían su conducta, tanto civil como militar, trataban de ocultarle lo que sucedía; pero nadie lo engañaba, dada su naturaleza sensible y su habilidad natural para sopesar a las personas y las situaciones. Por eso, sus seguidores, los famosos “pintos”, con rapidez le informaban sobre cualquier insulto a su querido dirigente.¹⁹

18 Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, México, 1873, vol. 2, p. 481. Al hablar de los *pintos* de Álvarez, García Cubas dice lo siguiente: “la entrada a la capital del ejército sostenedor del Plan de Ayutla causó admiración a sus habitantes al ver unas tropas enteramente desarrapadas y desaseadas que causaban asco y ultrajaban a la sociedad, como hacer sus necesidades corporales públicamente, y con particularidad en los atrios de los templos”. Antonio García Cubas, *Geografía e historia del Distrito Federal*, México, 1894, p. 89.

19 Pérez y Hernández, *op. cit.*, pp. 352 y 353. Arboleya, el escritor español y uno de los más acérrimos críticos de Álvarez, sin tomar en cuenta a Regis Planchet, quien cita las acusaciones de Arboleya a Álvarez con sumo deleite, cuenta un chiste que circulaba en la capital a expensas del general. “Anécdota grotesca” cuya “misma inverosimilitud nos mueve a escribirla...”

Al penetrar éste (Álvarez) por primera vez, vestido de gran uniforme, en el palacio de la presidencia, halló reproducida su imagen en un espejo de cuerpo entero. Creyendo que tenía delante de sí a otro general de división le saludó muy cortésmente quitándose el sombrero, arqueándose de cintura arriba y con la cabeza erguida, al estilo cortesano; por lógica, su saludo fue reproducido en el espejo.

Una flagrante debilidad a la administración de Álvarez era la descarada independenciamiento que ostentaban los funcionarios de cada uno de los estados donde era total y absoluta la reacción contra el centralismo. Acostumbraban imponer impuestos a su antojo y se rehusaban a enviar los tributos recaudados al supremo gobierno, al mismo tiempo que tenían la desfachatez de solicitar fondos federales para uso local, como si la administración capitalina tuviera una fórmula mágica para sacar recursos de la nada. Cualquier acción del gobierno tendiente a mejorar las condiciones, originaba una nueva racha de críticas e incluso enemigos declarados.

La famosa *Ley Juárez* expedida el 22 de noviembre de 1855, y que, en principio, se refería a las reformas en la administración de justicia, pero que alcanzó mayor notoriedad por vulnerar los privilegios especiales o fueros del ejército y el clero, levantó un airado rumor de odio en toda la nación, donde el clero usó el púlpito para censurar al gobierno. Los recortes de empleados federales, la disminución de salarios, las promociones de los fieles partidarios del Plan de Ayutla y el despido de puestos de confianza de quienes se habían opuesto al mismo eran situaciones que tendían a crear una masa con facha de enemigos que apoyaban a los que pretendían derribar al régimen.²⁰

El elemento conservador acusó a Álvarez de estar influido por los yanquis y de mostrarse en contra de todo lo que olía a cultura europea. El 5 de noviembre, Gadsden escribía a Marcy que los moderados, guiados por Comonfort, simpatizaban con el partido conservador, la iglesia y el ejército, y que juntos miraban con profunda desconfianza e incluso odio hacia los Estados Unidos. Debía esperarse esta actitud de

Álvarez, creyéndolo más afectuoso que el suyo, lo repitió con mayor esmero y adelantando un paso hacia el vidrio azogado, el cual no se mostró menos galante, y así ambas figuras, la real y la imaginaria, fueron acercándose hasta que la nariz presidencial de la primera se estrelló en el reflector, con tanto dolor suyo como placer de los circunstantes. Arboleya, *op. cit.*, p. 180.

20 Rivera Cambas, *op. cit.*, p. 483; Rivera, *op. cit.*, pp. 592-596 y 599.

sus enemigos políticos, pero la caída de Álvarez se produjo por la falta de unidad de los liberales mismos. Se había esperado que el triunfo del Plan de Ayutla dirimiera las diferencias entre los “puros” y los “moderados” pero al contrario, la escisión se amplió y ocasionó la parálisis que caracterizó la administración de Álvarez. Los viejos liberales no ignoraban la amenaza existente, que incluso lo hizo declarar al establecer su gobierno en la ciudad de México: “Juntos entramos, decía, en el camino de la libertad y el progreso, y unidos debemos continuar sin que sirvan de nota, que unos avancen más y otros menos”. Pero en aquel discurso llano la dificultad estaba compendiada: el gobierno tenía que esforzarse por reconciliar a los “puros” radicales y a los comprometidos “moderados”.²¹

Ya el 5 de noviembre circulaban los rumores de que se iba a registrar una revuelta popular en favor de Comonfort, a quien los enemigos de Álvarez alababan constantemente con la esperanza de que su ambición personal lo hiciera abandonar el bando de los viejos liberales que había esperado defender. El primero de diciembre, el diario *La Sociedad* informaba que Comonfort había abandonado el Ministerio de Guerra, exigiendo que el gabinete fuera reestructurado, pero Álvarez, todavía no le daba una respuesta. Ambos, junto con Haro y Tamariz, habían conferenciado hasta la una de la mañana del día 29 de noviembre “sin duda sobre el asunto de la separación de Comonfort del Ministerio”.

El mismo periódico expuso: “Que Álvarez, se convenza de que muchos de sus consejeros son verdaderos perros rabiosos que lo devorarán. Que se aparte de las águilas que se posan sobre el Palacio Nacional y con gruñidos estridentes exigen que se les dé la prensa codiciada”. Con exactitud al día siguiente describió un lamentable cuadro en el que Álvarez trataba de reconciliarse con Comonfort y de persuadirlo de que permaneciera en el gobierno.

21 Vigil, *op. cit.*; Manning, *Diplomatic Correspondence of the United States*, números 4239 y 4242, 5 y 17 de noviembre de 1855.

Entonces, el anciano presidente sale de palacio, dirígese a casa de Comonfort, le saluda y le abraza con toda efusión de camarada y de amigo; y casi con lágrimas en los ojos, representándole el peso de los años y de sus dolencias e invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le había nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó con resignación, la misión de honor y de sacrificios que se le confiaba.²²

El 3 de diciembre de 1855, Álvarez envió invitaciones personales a varios personajes influyentes de ambos partidos para que fueran al palacio y trataran el asunto de su renuncia a la presidencia. En la correspondencia con Riva Palacio, que recibió una de las invitaciones, Pedro Escudero afirmó: “esta es una idea personal de Álvarez, e incluso actuaría sin que lo sepan sus ministros”.

En su edición del 6 de diciembre, *La Sociedad* informó que el día 5, Álvarez había sostenido muchas conferencias sobre el estado del gobierno con diferentes individuos que le manifestaron que el actual ministerio no contaba con la confianza o la simpatía del pueblo. Más adelante añadía: “Esta acción honra al general Álvarez y a las personas consultadas por su franqueza y lealtad al expresar sus opiniones”.²³

El 6 de diciembre de 1855, fue el tan esperado *pronunciamiento* de Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, en el que se pedía que Álvarez abandonara la presidencia y Comonfort tomara su lugar. Aunque había otros artículos en su plan que se referían a demandas comunes a todos los grupos reaccionarios, era evidente su objetivo principal: el derrocamiento del general Álvarez. Doblado escribió después a Comonfort y parecería que el último no se oponía a la acción del primero. Con la mayor franqueza, Doblado escribió: “Usted sabe perfectamente que el objetivo del Plan de Guanajuato era cambiar el

22 Rivera, *op. cit.*, p. 592; Gadsen a Marcy, 17 de noviembre de 1855, en *Diplomatic Correspondence of the United States; Inter American Affairs*, 1831-1860, vol. 9, número 4242; *La Sociedad*, México 1 y 2 de diciembre de 1855.

23 Pedro Escudero a Mariano Riva Palacio, 4 de diciembre de 1855, en Archivo Riva Palacio, fólder 18; *La Sociedad*, 6 de diciembre de 1855.

personal de la Presidencia, el Ministerio y el Consejo". Continuó diciendo que las acciones de los "puros" habían sido tan amenazadoras que se temía que sacrificaran a Comonfort y lo expulsaran de su ministerio. En tal caso el organismo caería en las manos de los "exaltados" y Álvarez quedaría sin freno a sus impulsos "reformistas, o mejor dicho destructivos".

Doblado declaró que había incluido varias ideas para ganarse a diferentes clases de los simpatizadores de Comonfort, aunque no se comprometiera directamente con ellos: "esto explicará los elementos que en el Plan parezcan reaccionarios". La disposición de Álvarez dejará su puesto y la retirada de los "puros" hicieron que dichos elementos del Plan no tuvieran ningún valor.²⁴

El tema principal de la carta de Doblado fue obtener la ayuda de Comonfort para conservar su buena reputación, ya que era acusado de reaccionario por personas que sabían que sólo quería suprimir la administración de servicios debido a que las acciones promovían reacciones desfavorables.

Pérez y Hernández informa que cuando Álvarez tuvo conocimiento de la rebelión de Doblado en Guanajuato, declaró: "Estas acciones de Comonfort son las que me empiezan a molestar. Vamos a nuestras montañas para vivir con tranquilidad y evitar el derramamiento de más sangre; pero Comonfort será medido con la vara que mide".

A continuación, sin ningún rencor, Álvarez se ocupó de transferir la presidencia a Comonfort, a quien los diarios conservadores sin disimulo habían apoyado desde hacía tiempo. El 8 de diciembre, usando

24 Álvarez, *op. cit.*, p. 120; Lucio Marmolejo, *Efemérides guanajuatenses*, Guanajuato, 1844, t. III, pp. 60-61; Manuel Doblado a Comonfort, 17 de diciembre de 1855, en *Documentos relativos a la Reforma y a la Intervención Francesa*. El propósito de la carta de Doblado era conseguir la ayuda de Comonfort para salvaguardar su buen nombre, pues había sido acusado de sostener principios reaccionarios por personas que sabían que lo único que deseaba era retirar de la administración las manos de aquellos cuyas acciones generaban reacciones poco favorables.

el poder dictatorial que le otorgaba el Plan de Ayutla, designó a Comonfort, como su sucesor. Esto provocó una sublevación en la capital donde muchos a disgusto con las ideas moderadas de Comonfort, temían que el presidente sustituto los devolviera al partido reaccionario. Al Consejo de Estado no le agradaba la idea de que Álvarez evitara dicho órgano y Gómez Farías, afirmó en nombre de ese grupo que Comonfort no juraría como presidente. Por su parte, Comonfort se retiró a la intimidad de su casa declarando que “se consideraba separado enteramente de los negocios”, pero que “en caso de que hubiese algunos desórdenes contra el general Álvarez, él se presentaría a defenderlo”.

El general Álvarez, enfermó de cuidado, y cansado por su estéril esfuerzo de lograr la paz y el orden, pidió a Comonfort que fuese a Palacio para que hablaran sobre la situación. Sin embargo, Comonfort se rehusó y el viejo tuvo que trasladarse a casa de don Ignacio. Después de una larga discusión, Comonfort tomó posesión del gobierno el 11 de diciembre de 1855.²⁵

Si Álvarez tuviere ambiciones personales, habría insistido en llevar las cosas adelante, lo que, en verdad, hubiera traído terribles consecuencias como sucedió, abandonó la más alta investidura del país sin más tristeza que la provocada por la ingratitude que le mostraron por el servicio que con honestidad se había propuesto prestar. En su discurso de despedida no hay amargura.

Poco se ha hecho en los días de mi administración de cuanto yo me proponía en beneficio de los pueblos; sin embargo, se ha establecido un gobierno nacional, un centro de unidad para toda la República; se ha convocado y va a elegirse próximamente un congreso constituyente; se han revisado un gran número de leyes dictadas bajo la dictadura con enorme perjuicio de los pueblos; se ha evitado que tuviesen efecto algunos contratos de mucha cuantía hechos por el gobierno absoluto con ruina del erario; se han dictado en Hacienda disposiciones importantes dirigidas a restablecer en ella la moralidad,

25 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 353; Vigil, *op. cit.*, p. 89; Rivera, *op. cit.*, pp. 601-602.

la economía y el orden; se ha disminuido considerablemente el ejército que en el pie de fuerza en que se hallaba habría derivado por sí solo todos los recursos de la nación; se han anulado algunos de los millares de despachos militares que la dictadura prodigó con enorme gravamen del erario; se ha comenzado a organizar la milicia nacional en el distrito; se ha dado una ley que arregla la administración de justicia; y se han hecho reformas en ella que exigía ya en nuestro país la civilización del siglo, y en fin, si el Ministerio que durante mi gobierno ha servido a su país con lealtad y patriotismo no pudo acertar en todas sus disposiciones, nadie desconocerá que sus intenciones han sido buenas y que han hecho demasiado, atendiendo las dificultades de todo género con que ha luchado incesantemente.²⁶

Distintas resultaron las opiniones que los diarios de aquel día manifestaron en cuanto al motivo porque Álvarez no había podido dar un gobierno sólido a México. El *Daily Delta* de Nueva Orleans fue citado por *La Sociedad* debido a su oposición a la iglesia y la falta de consideración dada al principal objetivo de la Revolución que era abrir la inmigración y dar trato igualitario a los comerciantes de Norteamérica y de Europa. También expresaba que Álvarez había interpretado bien la revolución en sus escritos, pero que sus actos la habían desvirtuado. Era honorable patriota y valiente, decía la nota, pero incapaz de enfrentar la situación con éxito. Terminaba diciendo que había creado un Frankenstein y que el monstruo lo perseguiría hasta el fin.²⁷

Algunos autores, como Anselmo de la Portilla, no fueron tan amables en sus interpretaciones:

Descontento Álvarez de la conducta moderada y generosa de Comonfort hasta con sus mismos enemigos, manifestó su disgusto a la nación haciendo

26 Vigil, *op. cit.*, p. 90. El plácido y taimado levantamiento de Guanajuato en contra de Álvarez y la impunidad de que disfrutaban sus seguidores demuestra fehacientemente que Comonfort no estaba libre de culpa en el colapso de la administración de Álvarez. Todo esto lo pudo intuir Álvarez, pero cuando Ignacio Comonfort traicionó más adelante a la causa liberal y repudió la Constitución de 1857, el viejo soldado fue herido gravemente. Podría resolver las ofensas personales, pero jamás toleraría los ataques a la causa de la libertad.

27 *La Sociedad*, 27 de diciembre de 1855, citando el *Daily Delta*.

renuncia de la Presidencia y del empleo de general, fundándose para ello “en su notoria pobreza y en la necesidad de tomar un arado para atender a la subsistencia de su familia, excusa ridícula, considerada como un desgraciado esfuerzo de imaginación con que aspirando a lo sublime cayó en el extremo contrario”.²⁸

Esto fue calificado por Portilla como una excusa ridícula que apuntaba a lo sublime, pero era tan estúpida que sólo quedó en eso.

La mañana del 18 de diciembre de 1855, en su carruaje privado salió lentamente de la capital, seguido por una escolta de lanceros. Los habitantes de la ciudad dieron un suspiro de alivio cuando vieron el último de los odiados “pintos” desaparecer en la distancia; a continuación se pusieron a limpiar la metrópoli. *La Sociedad* expresó el sentimiento de la mayoría del populacho cuando manifestó en su salida: “Buen viaje y larga vuelta”.²⁹

28 Nota del traductor: No obstante la cita que hace José G. de Arboleya, el historiador Anselmo de la Portilla señala que la decisión de renunciar de Juan Álvarez “es un rasgo de desprendimiento y abnegación que ofrece pocos ejemplos en la historia”. De la Portilla continúa: “En nuestro siglo de relajación y de torpes ambiciones, sólo podía elevarse a tanta altura el modesto ciudadano pocos días después, ya en camino para el rincón de su tierra natal, escribía estas hermosas palabras, dignas de un republicano de los tiempos antiguos: ‘Pobre entré a la presidencia y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener a mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y la miseria’”. Lo anterior demuestra la mala fe de Arboleya y confirma su animadversión para con Álvarez.

29 Rivera, *op. cit.*, p. 598; Arboleya, *op. cit.*, citando a Anselmo de la Portilla, p. 185; *La Sociedad*, 19 de diciembre de 1855.